

Volumen II

Junio 22 de 1898

Núm. XXIV

REVISTA DE QUITO

SEMANARIO DE POLITICA,
LITERATURA, NOTICIAS Y VARIEDADES

DIRECTOR:

MANUEL J. CALLE

CONTENIDO:

I—Cartas ecuatorianas.—II—El Casus belli del Clero Azuayo.—III—Lima.—IV—Carta de Nueva York.—V—Versos.—VI—Recuerdos de la guerra civil.—VII—La Semana.

QUITO—ECUADOR

IMPRENTA DE "EL PICHINCHA"

1898

“REVISTA DE QUITO”

Este periódico se publicará semanalmente en folletos de 32 á 40 páginas cada uno.

Se canjea con los periódicos nacionales y revistas extranjeras.

No admite más colaboración que la que solicite.

No se atenderá ningún pedido si no se adelanta el valor respectivo.

Recibe avisos en la carátula á precios convencionales.

SUSCRIPCION

Por un mes.....	\$	1...
Número suelto.....	,,	.30

Para todo lo relativo á colaboración y correspondencia, dirigirse á

Manuel J. Calle

QUITO—(ECUADOR)

Casilla del Correo N° 68

Centros de suscripción y venta en Quito

En esta Imprenta. — Establecimientos de los Sres. Ramón F. Moya y José C. Borbúa.

ADMINISTRADOR

SR. D. RAMÓN A. CARRILLO.



REVISTA DE QUITO

~~~~~

Volumen II—Quito, 22 de Junio de 1898—Núm. XXIV

~~~~~

CARTAS ECUATORIANAS

—

IX

Señor Director de la "Revista de Quito".

Portoviejo, Mayo 4 de 1898.

Sólo en las riberas del océano, la mirada puede dilatarse sin tropiezo en aquella inmensidad movable y espantable, hasta donde ésta se confunde con las nubes. Fatiga la contemplación por la uniformidad del espectáculo, aunque cambien á menudo los celajes; pero ella despierta grandiosas imágenes de todo lo que no nos es dado mirar; de las tierras desconocidas y lejanas, de los habitantes de los otros planetas, del origen de todo lo que existe, del abismo de la vida futura, del gran Dios! En las selvas la mirada se fatiga también; mas las impresiones son muy diferentes, si bien hay á veces en ellas un si es no es de augusto terror: pabellones

inacabables y altísimos formados de diferentes follajes donde moran aves de colores maravillosas y mamíferos que asustan con sus gritos. Anochece en ciertos sitios cuando el sol está iluminando todavía la cima de los árboles, ansía uno mirar el cielo y se cansa buscando un resquicio. De noche, silencio tétrico: chirrian melancólicamente los insectos, silban á veces los reptiles, óyense de vez en cuando rugidos lejanos de fieras. Lo que se ve son remedos de enormes fantasmas debajo de esas bóvedas profundas. Qué solaz cuando uno llega á una gran cumbre, de donde domina series de montañas que, como escalones, descienden á la costa, formando en sus divisiones tenebrosos abismos! Pero mejor es contemplar desde la eminencia de los páramos el inmenso valle interandino, donde tantos conos alvos y egregios nos traen resplandores hurtados al cielo, y los esparcen en sus faldas sobre ese verde azulejo y vaporoso. Más diáfano es el cielo en esta última región, donde parece que se oye á los astros, como si ellos dialogaran y rieran. La mirada se eleva á un monte, desciende á un valle, procura profundizar una lejanía azul, se recrea en pampas verdes salpicadas de orillas y ciudades. De los páramos se ven á veces á los pies mares de densísimas nieblas. Y qué es, Dios nuestro, ver esas ondas vaporosas iluminadas por el sol de la mañana! Bello es imaginarse surcando estos mares, convertido uno en ser incorpóreo.

Cielo de Italia, llamaba un italiano al cielo de Quito. Qué azul cuando no llueve! Siempre me acuerdo: paseábame solitario en alta noche en una calle de elevados edificios: en la mitad de la calle era media noche, en la otra mitad medio día, y su luz parecía de aurora boreal: la luna se iba aproximando al horizonte. Qué me sucedió? No sé. Llegué á la esquina de la Merced, me senté en un peldaño del atrio y pasé dos horas silencioso é inmóvil. No todos me han de llamar cándido, porque no todos ignoran que lo sublime suspende casi siempre y encalabrina cual licor espirituoso. No conozco otro cielo tan empapado en sublimidad como el de Quito.

Pobre Quito, qué pasado! El Ilmo. González Suárez, el mejor escritor de los que viven, ha emprendido en una obra ciclópea, y está viendo coronados sus esfuerzos: la de asirse con ambas manos del cordel y descorrer el velo inmenso, pesado con el polvo de siglos, con los remiendos de mil preocupaciones, que por completo encubría al Quito de otro tiempo. No hay duda que los observadores inteligentes han podido conocer ese pasado con el examen de lo que se halla á la vista; pero ¿no es verdad que este conocimiento ha de perfeccionarse con la historia? Y cuánto vale que él se difunda, como sucede cuando la verdad consta por escrito! Salve imprenta; pero salve también vosotros, oh escritores que decís la verdad! Faltaba á Quito un espejo para poder limpiarse las

manchas del rostro, y ya lo tiene. González Suárez y Wolf están contribuyendo con brazo poderoso á la regeneración de nuestra patria.

No están yermos todos los campos en la región interandina; pero todavía no tiene la Agricultura el prestigio de primera profesión. Su atraso no se atribuya al de las costumbres tan sólo, sino también á la falta de mercado, pues que toda esa región extensísima apenas se comunica con dos pueblos del océano, y esta comunicación es lenta y trabajosa. Cierto que la falta de mercado es consecuencia del atraso en las costumbres, porque á haber sido otras estas últimas, distintos habrían sido los Gobiernos, y por lo menos habría un ferrocarril sobre los Andes: el que hoy está en la costa, no alcanza todavía á trepar la cordillera. Tiranuelos, no ha habido más; tontos, ignorantes, rateros, viciosos, fatuos y soberbios, como casi todos los magistrados coloniales. A quién os quejáis, infortunado pueblo ecuatoriano? A vuestros antecesores? Pero ellos á quiénes se quejan? Ya estáis conociendo el origen del mal. Ahora conviene que cambiéis de hábitos. Desde ahora en adelante seréis vosotros los culpados.

Produce la Agricultura en la zona central, lo que puede consumirse entre sus moradores, pero ella no tiene comercio con ninguna de las Naciones del mundo. Tal es la condición nuestra, tal es el motivo grande, aquel al cual afluyen todos los motivos pequeños, que tiene á nuestra Nación como buque encallado, en época en que los vientos soplan, y vuelan las otras Naciones en pos de su ventura.

“Las exportaciones de Quito no merecen mención, acaban de decir en Washington; pero la terminación del ferrocarril proyectado y el establecimiento de fletes baratos darán margen á una gran corriente comercial. Hasta fecha reciente se traía para Guayaquil una gran cantidad de manteca; pero últimamente la producción más barata de aquel artículo en el puerto y la competencia del producto de la semilla de algodón, importado de los Estados Unidos, han arruinado aquella industria por completo”. (1)

Qué es lo que se saca para Guayaquil, en efecto?

Trabájese cuanto se quiera en las provincias centrales, jamás el trabajo rendirá provecho si no recibimos el oro exterior en cambio de nuestros preciosos artículos. Dentro de seis años, á más tardar, la rama mayor del ferrocarril estará concluída, y no transcurrirá mucho tiempo sin que se extiendan las más necesarias: una á Cañar, Azuay y Loja; ótra á Bolívar y los Ríos, ótra á Imbabura y Carchi. Menester es pensar con tiempo en la reforma de los trabajos agrícolas.

(1) “Monthly Bulletin of the Bureau American Republics”.

Si la costa exportara todo el cacao que sus terrenos pueden producir, y la sierra todo el ganado que en ella se puede mantener, se modificaría el modo de ser del Ecuador.

Sabido es que no todo el terreno de la sierra es sembrado; pero no por eso deja de ser todo él provechoso. No es sembrado el de las nieves perpetuas, el de las escarpas que forman barrancas profundas, el de los lomos de las cordilleras y nudos, á los cuales damos el nombre de páramos. Pero de la nieve nos podemos servir para transportarla á las costas calurosas, de algunas escarpas para extraer minerales, de los páramos como lo indica Wolf, para multiplicar los ganados.

Desde el Macará hasta el Carchi, en las provincias de Loja, Azuay, Cañar, Bolívar, Chimborazo, Tungurahua, León, Pichincha, Imbabura y Carchi, en una extensión desahogada, hay innumerable ganado de todo linaje; mayor, como vacas, bueyes, caballos, mulas, etc.; menor, como cabras, ovejas, llamas; de cerda y millones de aves domésticas. Todos estos animales no gozan de la consideración que la naturaleza impone al hombre, ni son aprovechados como ella y la civilización lo están requiriendo. Pero si ni los hombres son considerados en esta Nación infantil! Ni ellos tienen derecho, ahí están los aborígenes, de mirar siquiera el semblante de tantos que no les hablan sino á látigos! ¿El Ecuador va á la vanguardia de las Naciones hispano-americanas? ¡Pues y cómo no, si aquí no hay sino católicos! A uno que algo ha leído y observa, qué le resta sino encerrarse en el silencio melancólico, ó tronar y pedir reformas, según sea su carácter? “En el Ecuador son muy deficientes, por desgracia, los métodos científicos que se emplean en el tratamiento de los animales, así como en el de las cosechas, dice el periódico Norte-americano citado poco há. (1) La panacea de los ganaderos consiste en sangrías profusas, sea cual fuere la enfermedad del ganado (muermo, lamparones ú otra). Es crecido el número de ganado que se pierde por razón de la ignorancia”. Las enfermedades de los animales son curadas sólo con sangrías, y la salud les es arrebatada á causa de horrorosos tratamientos. ¿Acaso los animales tienen alma? Y qué importa ofender á un bruto, ya que á él no le es posible ofendernos? La naturaleza manda que le quitemos la vida en nuestro exclusivo provecho; ¿por qué nos ha de prohibir que desfoguemos la ira castigándolo? Esta sí es buena lógica. Un día presencié una escena acaso común: era un lugar donde ordeñaban: dos rústicos ataron á una vaca á un poste, y con formidables látigos la azotaron con todas sus fuerzas: las demás vacas mugían y corrían al rededor, indignadas ó aterradas:

(1) Octubre 1897.

cuando la castigada fué puesta en libertad, todas las demás se acercaron á lamerla. Y quién no ha presenciado el martirio de las bestias de carga en los caminos de los Andes? A menudo ó espiran de fatiga, ó atascadas en hondos pantanos, ó á causa de las desolladuras de los lomos. Lo principal de la culpa está en los malos caminos, verdad; pero ¿no está también en la poca solicitud de los arrieros? y si sólo fuera la gente menuda la única culpada de tantos atentados! En algunas naciones civilizadas existen sociedades protectoras de animales; pero entre nosotros, los hombres han menester de sociedades protectoras de ellos mismos!

No es raro ver en la Capital de la República, á mujeres de toda edad transportando fardos como bestias. . . . ¿También los indios no tienen alma?

Que al tratar del ganado haya tenido que acordarme de los indios! Los indios son muy laboriosos, pero rara es la familia de ellos propietaria de una hectárea de terreno. Viven de la Agricultura, eso sí, pero siembran en tierra de *blancos* prestada por cierto tiempo en cambio de trabajo rudo é incesante. Si algún indio tiene dos ó tres vacas, ha de alimentarlas en dehesas ajenas, y para ello se somete á humillaciones indescriptibles. Lo que insinué poco há respecto de la distribución de la propiedad territorial, debe efectuarse urgentemente en las provincias andinas. Haciendas hay que no conocen límites; y por qué los propietarios se han de negar á ceder un trozo de terreno en favor de los dueños primitivos, si por ventura no fueran suficientes todas las propiedades del Gobierno? Hasta cuándo los indios han de vivir entre *civilizados* como si fuera miserable rebaño? Este sería el primer medio de levantar á los indios al predicamento de ciudadanos. Deseamos inmigraciones. Si ellos no son norte americanos ó europeos, no son tampoco esquimales ó cuadrúpedos, y nosotros no debemos cazarlos ó ahuyentarlos, si, por otra parte somos tan cristianos y católicos. Que emigren desde su propio suelo, que inmigren á su propio suelo, que emigren desde la esclavitud y el desprecio á la libertad y las consideraciones á que tienen derecho los hombres. Imposible es, dicen algunos, mejorar la suerte de los indios, porque es raza de naturaleza envilecida. Qué dictamen! Quizá la historia no menciona otro caso de una esclavitud tan implacable y prolongada como la de la infeliz raza americana. En cerca de cuatro siglos, si consideramos en que los indios fueron ignorantes en el momento en que cayeron bajo el yugo, y en que se han mantenido en noche, porque sus opresores no les han permitido ni un rayo de luz, y soportando qué pesos impuestos á cada minuto con la crueldad y arrogancia de tiranos, esos desdichados seres bien pueden haber llegado al punto de perder hasta la propia conciencia. Ejemplos de que no es raza inferior á la

Europea, los tenemos en algunas Naciones hispano-americanas. Juarez, Presidente de México, fué indio: llegó á ser ilustre, y la historia lo tiene y tendrá como tal. El Mariscal Ramón Castilla, Presidente del Perú, fué indio. El Coronel Balta, Presidente del Perú, fué indio. Muisca les llamaban en Colombia á los egregios Pérez, uno de ellos Presidente. ¿Y cuántos son los indios de pura raza en ese noble gremio de hombres pensadores y que actualmente escriben libros, gobiernan y peroran al pueblo, combaten por él en la diplomacia y con las armas, en todas las naciones de la América Latina? Qué de indios han sobresalido y están sobresaliendo en las artes! Oh! para educar á una raza es necesario ser raza educada. Quién sabe mandar, sabe obedecer. Quién nos educa á nosotros, ante todo? Yo creo que la Libertad.

Los potreros y dehesas no son los únicos lugares de pasto en aquel inmenso territorio; hay, como hemos dicho, páramos. "La riqueza de muchas haciendas consiste únicamente en leguas de páramos, ó mejor dicho, en miles de cabezas de ganado vacuno, caballar, ovejuno, y el pobre indio que tal vez no posee una gleba de terreno en propiedad mantiene sus animales en el páramo comunero". (1) "Gran parte de este ganado muere de frío ó devorado por las pumas, (2) y también, como ya se ha dicho, á consecuencia de las ignorantes prácticas veterinarias". (3) Vaga el ganado en aquellas solitarias regiones, en completo olvido del hombre, quien, á veces, lo caza á balazos. ¿Acaso hay el menor cuidado de atraerlo, de proporcionarle buen pasto, de clasificarlo para tales ó cuales destinos en que en número de cien reses, por ejemplo, rendirían más ganancia de la que rinden actualmente quinientas ó seiscientas? Diez vacas son una riqueza en Suiza. Es de saberse que gran parte de la renta en Holanda proviene de la fabricación de queso y mantequilla. ¿Y nuestro litoral, sobre todo, no consume sino mantequilla italiana. Fabrícense mantequilla y queso en varias de nuestras haciendas, es cierto; mas ¿por ventura concurren todas las reglas, el aseo y la ventilación, verbigracia, de manera que aquellos comestibles sean de los mejores? Guárdenos Dios de describir una quesería de las nuestras! Cobertizos de paja en sitios remotos y yermos, con cuartuchos oscuros, fétidos y llenos de basura, donde se depositan los quesos, comen y duermen las queseras; apriscos al descubierto, llenos de lodo podrido; queseras que jamás se lavan ni las manos; utensilios inadecuados y rústicos, repugnantes á la vista por lo inmundo. Quién puede asegurar que aquellos artículos pueden servir para la exportación, ni por su calidad ni cantidad?

(1) Wolf. Geol. y Geog. del Ecuador, pág. 450.

(2) Especie de Leopardo.

(3) Monthly Bulletin etc.

Todos ven que el ganado vacuno sobra hoy mismo para el alimento nuestro, y que fomentada la cría, puede exportarse vivo en abundancia: entonces no se venderá al vil precio á que actualmente. Como de Buenos Aires y Uruguay, la carne puede exportarse en *charqui*. Los cueros son valiosísimo artículo de exportación.

Del ganado ovejuno hay también cantidad incalculable; pero en su mayor parte es raquítico por la falta de solicitud de los dueños. Y la lana tiene gran demanda, mas apenas es suficiente para nuestras rústicas fábricas. ¿Cuál es el pasto mejor, cómo se cura este ganado, si enferma, porqué medios la lana resulta de mejor calidad? Creo que lo saben muy pocos.

Presumo que la llama está ya extinguida en nuestros campos.

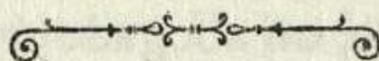
No he sabido que se aprovechen de la leche de cabra en toda la comarca interandina. ¡Aun el cabrito es rechazado de las mesas de los ricos! Quizá por esto es escaso este rumiante. De la lana de cierta cabra llamada cachemira, se fabrica la tela de este nombre; de la leche se fabrica el famoso queso Roquefort, sirve para todo queso, y es buena para ser tomada sola ó con café, pues no siempre huele á chotuno. ¡El mundo entero sabe y ha sabido desde siglos atrás cuán regalada es la carne de cabrito!

Caballos, mulos, asnos. Estos animales nacen en los páramos y en los eriazos de los valles cálidos; pero de ahí son llevados á potreros y pesebres. Los caballos más hermosos y arrogantes son nacidos en la zona occidental. Son para nosotros tan útiles como no es ni el buey ni la vaca, porque no tenemos ferrocarriles ni tranvías, y la bicicleta es apenas conocida. A pie no podemos caminar ni cien cuabras, pues ahí caemos muertos de fatiga. Un literato, un empleado, un clérigo, un abogado ó un médico ¿va á ir á pie desde Quito á la Carolina, por ejemplo? Eso que lo hagan los rústicos; ellos no, porque son gente fina y delicada, y tan delicada y fina que le falta esfuerzo para contemplar la salida del sol. Aun cuando caballos y mulos son tan útiles, son pocos los hacendados que se afanan en que se propaguen y conserven, y menos en la mejoría de las razas. Fuera de la grama y paja, sólo se conoce la alfalfa para pasto: la avena, el heno, la cebada, tantos cereales y yerbas útiles para ésto, son desconocidos ó no empleados por nadie. Los caballos y mulos pueden servir también para la exportación.

Sirvan los páramos de sitios de cría, está bien, porque en ellos la vegetación no puede cambiarse; pero distribúyase mejor la propiedad territorial, elévese á propietarios á los indios y á tanto miserable plebeyo que muere de hambre en las ciudades; y en las dehesas, que pueden ser ensanchadas poco á poco, encepadas con buenos pastos, merced á acueductos de fácil construcción, porque los torrentes y arroyos abundan en las sierras, y la civilización nos

proporciona bombas y represas, manténgase el ganado vacuno que da leche, el destinado á los mataderos y labranza, las caballerías que pueden servir para portear ó jinetear. ¿No es cierto que será mejor cuidada una hacienda, si ella es dividida entre varios propietarios? ¿No es cierto que así habrá ocupación provechosa para tanta gente holgazana ó desdichada? No es cierto que así aumentarán las rentas del erario, porque se extenderá la Agricultura y disminuirán los consumidores improductivos? No digáis, señores ricos, que se trata de arrebatáros peones: servirá por su salario el que no tiene otras facultades, pues sabido es que no hay igualdad entre los hombres, si se les considera según sus aptitudes. Trátase de arrebatár al hambre á míseros, á la ociosidad á ociosos, á la degradación á desdichados, á la inutilidad y la ruina á seres que pueden hombrearse con los hombres. Clasificarlos, esto es lo difícil. Ojalá adelantase un paso la estadística!

ROBERTO ANDRADE.



EL CASUS BELLI

DEL

CLERO AZUAYO

LA REFORMA

Del clero es de quien principalmente viene la corrupción del pueblo.....

.....
INOCENCIO III, sermón de apertura del 4.º Concilio de Letrán XII General.

Obispos santos, ejemplares, evangélicos ha tenido Cuenca: los Ilustrísimos Toral y León figurarán en la Historia de la Iglesia Ecuatoriana, como verdaderos apóstoles que han luchado sin tregua ni descanso por restablecer la disciplina y reformar al Clero, inculcando esas austeras y sublimes doctrinas que son la corona del cristianismo. Desinteresados, humildes, caritativos, sabios, celosos de la fe y la moral, han sido por largos años la lumbrera de los fieles, los maestros del pueblo, el ejemplo del sacerdocio, y el terror de los inicuos, el remordimiento de los que han sacado el pie de la senda del deber. Mas, vino la muerte y nos privó del Sr. Toral: vino la intriga criminal y separó al Sr. León del Gobierno de la Diócesis. De entonces acá, todo se ha revuelto y corrompido: la cizaña ha crecido en el recinto mismo del templo: los vicios han fijado su mansión en el santuario: el clero, con pocas excepciones, se ha convertido en piedra de escándalo, en motivo de pecado, para los fieles. Ninguna ley canónica ha quedado en pie: ninguna institución eclesiástica se ha salvado del naufragio general, en que se ha sumergido la Iglesia Azuaya. El rebaño sin pastor se ha extraviado en los zarzales del camino: el templo sin lámparas se ha cubierto de tinieblas: los pecados capitales forman ya la vestimenta de los levitas consagrados al Señor!.....

Y no lo toméis á mucho, sacerdotes del Azuay; porque delante tenéis vuestras obras; obras de iniquidad y vergüenza; obras que son el oprobio para el clero y estigma indeleble para el prelado que, sordo-mudo, ha dejado que la mies de Cristo sea presa del enemigo. ¿Cuál virtud brilla en la generalidad de vosotros? ¿Cuál ley eclesiástica se halla en observancia en la Curia? ¿Cuál institu-

ción evangélica respetáis, vosotros, soldados consagrados, que os estáis moviéndole la guerra al Gobierno que pide vuestra reforma?

Amaos los unos á los otros, como yo os he amado: amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os persiguen y rogad por los que os aborrecen y calumnian.....Perdonad y seréis perdonados.....Ejemplo os he dado, para que hagáis como yo he obrado.....He aquí las doctrinas del Divino Maestro. ¿Cuál de vosotros se precia de practicarlas.....Amor al prójimo y os estáis armando al hermano contra el hermano, predicando el odio y la venganza, sembrando la discordia más amarga en la familia ecuatoriana! Amor al prójimo, y el pan de vuestro desayuno es la murmuración y la calumnia, y os embriagáis con el llanto del pobre y la sangre del vencido! Amor al prójimo y os váis inculcando el degüello y el exterminio de los que no piensan como vosotros, y engaños torpemente á las muchedumbres y las lanzáis al incendio y al fratricidio! Perdón al enemigo, y os gozáis en la deshonra, en la muerte de los que os salimos al paso, echándoos al rostro vuestra apostasía del cristianismo! Perdón al enemigo, y sustentáis difamadores, y pagáis á los asesinos de la honra ajena, y escribís libelos anónimos, vosotros mismos, prostituyendo la diestra consagrada para bendecir y distribuir el pan de vida, el emblema más sublime de la caridad! Amor al enemigo, y arrojáis inmundicias sobre los liberales, traidora, cobarde ó infamemente! Bendición á los que os aborrecen, y el fuego del infierno os está quemando el alma, convirtiéndoos en satanases, enemigos de la luz y de la virtud! ¿Quién sino vosotros sostiene la división entre los azuayos? ¿Quién sino vosotros concita el odio de la mitad de los ciudadanos contra la otra mitad? ¿Quién sino vosotros, pone el arma fratricida en las manos del fanatismo, para que asesine á la víctima que le señaléis? ¿Quién sino vosotros publica pasquines inmundos, como "El Diablo", "La Sibila", "La Prensa Libre", "El Catecismo Liberal", etc. ¿Quién sino vosotros lanza calumnias é improperios desde la Cátedra Santa, sin temor de profanar la Sede del Espíritu de Verdad? Cuestas, Aguilares, Peñas, Arces, Alvarados, Moras, Piedras, Chicos, Ormazas, Ortegas, Matovelles, Martínez, Pozos, ¿amáis vosotros al prójimo, amáis al enemigo, perdonáis al adversario, rogáis por los que os ofenden, imitáis el ejemplo que os dió el Mesías? No, no lo afirméis, que rayos tiene el Cielo para castigar vuestra blasfemia!... Y el Prelado autoriza ó tolera esta relajación espantosa; y el Prelado aplaude ó disculpa á los libelistas y asesinos cobardes; y el Prelado sonrío y halaga á los sembradores de cizaña y atizadores de la discordia; y el Prelado se cruza de brazos y cierra los labios ante la degradación del clero y la ruina de la moral! ¿Qué clase de sacerdote es el Sr. Palacios Correa? El ejemplo os he dado —

dice el Maestro:— sí, pero ese ejemplo no puede ser seguido por hombres como el Administrador Apostólico que ha escalado la Silla episcopal, sin observar siquiera los cánones respectivos.

Nos maldicen y bendecimos; nos persiguen y les sufrimos; somos blasfemados y rogamos — dice Pablo, — enseñando como debe ser el verdadero sacerdote. Pablo no escribe pasquines contra los paganos que le abofetean; Pablo no predica la guerra contra los perseguidores; Pablo no calumnia á los que rehusan el Evangelio; Pablo no se arma del puñal alevoso, no se convierte en Jefe de tropas sediciosas, no derrama sangre, no mata, como vosotros. Luego, fuerza es convenir en que el clero que no sigue el ejemplo de Jesús, el ejemplo de los Apóstoles, el ejemplo de la Iglesia, es un hato de bribones, una pandilla de malhechores y apóstatas.

La *lenidad* eclesiástica ha sido el sello del verdadero sacerdote: los Cánones y las leyes civiles han prohibido á los clérigos llevar armas, salir á la guerra, contribuir al derramamiento de sangre, y aun escribir cartas sobre el particular. Las Capitulares de Carlo Magno, los Concilios de Arlés, de Angers, de Toledo (III), de Germania, el IV de Letrán y el de Cambrai, contienen prohibiciones al respecto, y penas para los clérigos sanguinarios ó dados á la guerra y al tumulto. ¿Qué no deberá temerse para una nación — dice el Papa Zacarías — cuando los que están destinados á consagrar los divinos misterios, son los primeros en profanarlos, y cuando los sacerdotes homicidas matan á los cristianos á quienes alimentan con el cuerpo y sangre de Jesucristo, y á los infieles á los cuales deben predicar el Evangelio?

El amor, la caridad, la mansedumbre, la tolerancia que enseñara el Cristo, son los componentes de esa virtud sublime que se llama *Caridad*; y sin esa virtud, el sacerdote no es sino fariseo despreciable. ¿Podéis afirmar, sacerdotes azuayos, que la *lenidad* es prenda de muchos de vosotros? No blasfeméis, por Dios!, porque las víctimas de Girón y el Cebollar, del 5 de Julio y del 23 de Agosto, protestarán desde sus sepulcros, afirmando que el clero de Cuenca lleva la conciencia manchada con sangre de sus hermanos.....

Corifeos de partidos políticos, habéis convertido el púlpito en tribuna de demagogos, el confesonario en lugar de enganche, el templo en cueva de conspiraciones. Catilinas de sotana, recorréis las calles y las plazas, reclutando brazos para la matanza, armas para el combate, dinero para los cruzados, y víctimas para vuestro impío sacrificio. Os hemos visto, de taller en taller, de casa en casa, predicar la guerra y el odio; distribuir cartuchos, como un sargento cualquiera; y dar el *santo y seña* á la manera de un jefe de asesinos. Os hemos visto acaudillar partidas de prostitutas, insultadoras de los vencidos; especie de *petroleras inmundas*, recluta-

das en los arrabales, para que recorran la ciudad, vomitando iniquidades, cantando letanías, dando *vivas* sacrílegos á Dios y á María, echando piedras á las casas de los liberales, denostando á personas indefensas, pidiendo sangre, como bacantes, ébrias con el alcohol que las propinabais. Os hemos visto poner en manos de la Virgen Madre las armas homicidas y el precio del homicidio, para que la Reina de Misericordia entregue esos detestables objetos á los caudillos de la revuelta. Os hemos visto, penetrar en los mismos calabozos para *notificar* la muerte á los prisioneros, anticipándoos aun á las pasiones políticas de los vencedores. Os hemos visto gloriaros de haber manejado vosotros mismos el fusil en los combates; y oído alabaros de hazañas de subteniente, que no de ministros de paz y de clemencia. Os hemos visto albergar á los combatientes en los templos y en las casas eclesiásticas, para que hicieran á mansalva, como viles, sin peligro alguno y sobre seguro, faltando aun á ese sentimiento de hidalguía, tan propio de corazones leales. ¡Oh, vosotros, Vicente Alvarado, Ortega Alcocer, *Celleri!!*, Ormaza, Moras, Peñas, Ochoa León, Ortega, Durán, Chico, Martínez, Borja, Cuesta, Manuel de la Cruz Hurtado, Piedras, Novillo, frailes dominicos, etc., desmentidnos, si lo podéis!..

Negadnos si lo podéis, Sr. Vicario General D. Manuel Antonio Alvarez, que en el día de vuestro infame gozo, en el 5 de Julio, mientras Cuenca vestía pavoroso luto, mientras multitud de cadáveres se encontraban hacinados en las calles y en las plazas, decíais frotándoos las manos, henchido de una ira satánica: "*Corriente chamusquita hemos tenido*": negadlo, y os probaremos.

Y Palacios Correa lo aprobaba, lo aplaudía, lo bendecía todo: obligó aun al virtuosísimo Justo León á *contribuir con una suma de dinero para la guerra* (\$ 800)!!! Santo Dios! ¿es este hombre, cabeza de la Iglesia Cuencana, ó miserable capitán de revoltosos?..... Como es la cabeza son los miembros: el Seminario cambiado en cuartel de milicianos: los Conventos de Oblatos y Dominicanos, las Escuelas Cristianas y la Curia, la Catedral y San Blas, convertidos en arsenales: los Hermanos Cristianos y los Seminaristas transformados en *cazadores de infieles*; los Salesianos desempeñando oficio de ingenieros militares y fabricantes de armas y municiones: la Curia misma, en *almacén de empresas* y divisas de guerra, de *reliquias y detentes, medallas y cintas* para los *Cruzados*. ¿Lo negaréis, Señores? — Si tal cinismo tuvierais, os publicaríamos nombres, testigos, documentos y datos bochornosos, infamantes, y por desgracia irrecusables.....

Los Cánones fueron, pues, hollados por vuestra sacrílega planta: el Evangelio, rasgado en girones, arrojado sobre el campo de batalla, entre las charcas de sangre y los mutilados cadáveres! Vuestras manos homicidas quedaron inhábiles para ofrecer á Dios

el sacrificio de amor y para abrírnos las puertas del Cielo! La túnica purísima de los servidores del Cristo se vió manchada con la sangre y el polvo de los combates, y fué oprobio para los altares del Redentor! Pero, ¿qué importa todo ello? acaso Palacios Correa no os *absolvió* incontinenti de *toda irregularidad* sangrienta? Pues era Jefe vuestro, cómplice vuestro, autor del mal: se portó á las mil maravillas.

Los concilios de Sardis y II de Nicea prohibieron á los eclesiásticos, no solamente ejercer empleos temporales, sino hasta presentarse en casa de los gobernantes, á no ser para defender ó rogar por los oprimidos. *No debe arrogarse el Ministro sagrado la administración de los negocios seculares. . . .* — dice el papa Gelacio en la Carta á los Obispos de Dardania. Aunque la ley divina, los Santos Cánones, decía Pascual II á Enrique V prohíben á los Obispos ocuparse en asuntos del siglo, y aun ir á la Corte sino es para defender á los oprimidos, se les obliga á ello en vuestros Estados, y aun á tomar las armas, etc.—Y así podríamos citar muchos cánones y muchas Decretales sobre lo mismo; porque la Iglesia siempre ha tenido presente que el reino de Jesucristo no es de este mundo, y que se debe dar al César lo que al César pertenece. *Apacentad la grey del Señor. . . . no por fuerza, ni por interés, ni como que queréis tener señorío, sino hechos dechados de la grey,* dice el Príncipe de los Apóstoles. He aquí la regla: el Sacerdote debe ser el siervo de los siervos de Jesús; quien declaró que no había venido á dominar *sino á servir*, para evitar que sus discípulos se ensoberbeciesen.

¿Cumplís con estos preceptos, vosotros que os decís sacerdotes?—¿Qué! si nos llamáis herejes é impíos á los que, ateniéndonos al Evangelio y á los Cánones, os decimos que no debéis salir del templo! Si os estáis socabando el orden público; porque la ley os prohíbe ser Legisladores y Ediles y el terciar en los asuntos temporales! Si os perecéis por participar de la soberanía laica, y dominar los pueblos, como señores! ¡Oh, y diréis que sois católicos! diréis que sois virtuosos! diréis que sois santos! Pisoteáis las Escrituras, os burláis del Derecho Canónico, despreciáis las máximas de los Pontífices ¿y nos llamáis herejes? ¡Cínicos!

El Concilio de Roma [1.059] *prohibió hasta oír la misa de los sacerdotes disolutos*, prohibición que renovó otro Concilio, celebrado también en la Ciudad Eterna y precedido por Gregorio VII, *porque tales intercesores sirven más bien para atraer la ira de Dios que para aplacar su justicia* [sic]. “Os rogamos y os mandamos —escribía San Gregorio á los Duques de Suabia y Carintia—con autoridad apostólica que no participéis de los divinos oficios celebrados por aquellos que fuesen reos de simonía é incontinencia”,

El Concilio Lateranense II reiteró esa prohibición y el de Chateaucouthie condenó al clérigo corrompido á llevar completamente rapada la cabeza, para que los fieles huyan de él. He aquí los cánones: ¿cuántos canónigos, cuántos curas, cuántos ecleslásticos ha *rapado* el Sr. Palacios Correa? Llueven las quejas, se multiplican los escándalos, se acusan aún á las dignidades, se murmura que el viento envenenado de Pentápolis sopla aun sobre los que se educan para la Iglesia, ¿y qué hace el prelado para corregir las costumbres, acallar las acusaciones y confundir las murmuraciones? Nada: lejos de ello, los mismos acusados son sus confidentes: un cura escandaloso y cínico es el *escritor* de la Curia, en colaboración con su *familia* de él. . . . Basta: sagrado es el terreno de la vida privada, y no citaremos nombres propios sino en caso de extrema necesidad.

Cristo mandó que el Apóstol vendiese sus bienes y los distribuyese entre los pobres: San Pablo recomienda la limosna, como esencial al espíritu cristiano; los padres de la Iglesia, los Pontífices Romanos, los Concilios, prescriben la caridad como escala del Cielo. ¿Son caritativos los canónigos, los curas, los clérigos de Cuenca? En la generalidad nó, mil veces nó: la ambición más sórdida, el egoismo más insensato, la avaricia más avasalladora, son demonios que les torturan el alma, que los tienen atados al infierno. El fausto, la gula, el lujo, la opulencia, la. ídolos de la mayor parte de los sacerdotes azuayos: penetrad en sus salones espléndidos, en sus dormitorios regios, en sus comedores suntuosos y os veréis transportados á la mansión Heliogábalo. ¡Y entre tanto los templos se parecen á establos ruinosos, desnudos, indecentes y asquerosos! Y en tanto los hospitales y los lazaretos carecen de todo y son el albergue de la miseria y el dolor! Y en tanto, el huérfano sucumbe de inanición, la viuda y la vírgen se prostituyen por un mendrugo! Y en tanto, los presos mueren en las cárceles extendiendo inutilmente la descarnada mano en demanda de un bocado! Y qué importa todo éllo? Los canónigos se embriagan con vinos generosos, se envuelven en lino y seda, se ahitan de manjares succulentos, cantan, ríen y juegan, gastan perfumes y cosméticos como cortesanos: los curas ostentan una vida irritante, rodeados de caballos y pajes, de riqueza y fausto y. los clérigos son casi banqueros y ejercen la usura, mueren y dejan tesoros ingentes: Palacios Correa mismo tiene algunos miles en depósito. ¿Falso?—Lo probaremos.

Y para sostener esta disipación, esta prodigalidad, este lujo, son las exacciones, los derechos parroquiales, los diezmos, las primicias, los responsos, los sermones, la venta del Cielo, del Purgatorio y aun del Infierno. Se favorece la superstición; y se venden escapularios de todos colores, de todas formas, rosarios, cruces,

cintas, correas, cordones, velas, *aceites*, estampas, etc., etc.; y el precio de estas devotas chucherías, cuando menos se va á la taberna... se multiplican las advocaciones de la Virgen, los Santos, y Santas milagrosos, las romerías; y existe hoy una verdadera *competencia* en la industria, al extremo de que los curas se quitan devotos y se desacreditan mutuamente. La nieve, el rocío, la nube, el remedio, la salud, el trueno, la escarcha, el día, la noche, todo sirve para crear una nueva devoción, fuente de riqueza para el clero y de superstición para el pueblo. Y el prelado lo aprueba todo, por escandaloso que sea, por palpable que se halle el móvil rastrero de la industria mística!.....

Los Cánones prescriben el modo de proveer ciertas canongías; pero, Palacios Correa prescinde de esas formalidades, y hace canónigos sin que medie examen de oposición, á León Piedra y Manuel Cuesta, sus *confidentes*, comensales y mentores. Los Cánones señalan las reglas para administrar las parroquias; pero Palacios Correa ha visto que es más fácil que los concursos, el poner en arrendamiento los Curatos..... Los Cánones mandan que el Prelado visite anualmente las parroquias; pero Palacios Correa ha encontrado más cómodo el no salir de su Despacho, y dejar que allá se las hayan los curas. ¿Cuál Canon observa el Sr. Palacios Correa? Pero, qué, si ni la prohibición del Concilio de Trento, de elevar al gobierno de las catedrales, á los no nacidos de matrimonio, se ha respetado!.....

Terminemos ya: la Iglesia cuencana camina á su ruina; y no vemos sino un brazo para salvarla, el del Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. Don Miguel León. La mejor recomendación de este apostólico prelado, está en el odio que le profesa el clero azuayo, en la persecución de que le ha hecho víctima el Capítulo Catedral, en las calumnias que le prodiga el clero corrompido. Sí, sí venga el Sr. Obispo León, y conjure la tempestad, vuelva la paz á su rebaño, extirpe el vicio y encamínenos á la perfección. No nos olvidemos que, según Inocencio III, *como es el clero es el pueblo*; y que para reformar el cuerpo es menester principiar por la cabeza.....! Reforma, reforma! aunque el clero disoluto nos declare la *guerra santa*, y sostenga con nuevas hecatombes, su CASUS BELLI!..

JOSÉ PERALTA. (1)

FIN

(1) Este opúsculo apareció con la firma de *Católicos*; pero á la hora de esta no hay quien ignore la verdadera paternidad de él, no sólo los que algo entienden en achaques de estilo, sino casi la generalidad de los lectores. Sin permiso del autor, nos tomamos la libertad de poner su nombre al pie de su valiente escrito, y creemos que tal libertad no constituirá para él otro *casus belli*, desde el momento en que sólo la buena intención nos guía.—Por lo demás, si por ello le atacan al Sr. Peralta, él tiene á su disposición para su defensa las páginas todas de esta humilde REVISTA. (N. de la R.)

LIMA

SUS MONUMENTOS Y ALGUNAS DE SUS COSTUMBRES

Apuntes recogidos en 1886 por Felicísimo LOPEZ

XXII

COSTUMBRES

Haciendo caso omiso de las que heredamos de la madre España, y que son comunes á todas las ciudades de hispano-américa, existen algunas características de Lima y de las que voy á hacer una ligera revista.

RESTAURANTS.—Casi puedo decir, sin que peque de exagerado, que no hay calle de Lima en la que no haya por lo menos dos de estos establecimientos. Una buena parte de los habitantes se alimenta en los restaurants, debido sin duda á la gran población flotante de que está compuesta esta capital; y, por cierto, que en algunos de esos saloncitos se come muy sabroso á *la criolla*. El que tenga un gusto bastante delicado y los bolsillos bien provistos de blanca, ya puede tomar un coche y trasladarse á "El Loro", picantería de alto tono, que está próxima á la explanada de la Exposición. Allí en medio de mesas bien arregladas, con manteles de extremada blancura, entre flores vistosas y aromáticas, halla el aficionado una lista surtidísima de potajes á *la criolla*, con la especialidad de una exquisita *chicha del norte*, servida en jarritas de purísimo cristal, amén de variados y generosos vinos. Con dos ó tres soles que gaste el parroquiano, sale de allí verdaderamente *restaurado*.

LAS CANTINAS Y EL CACHITO.—Más numerosos que los Restaurants son las Cantinas de Lima. Montadas con mayor ó menor lujo, desde los espléndidos salones de Parrinello y Broggi, hasta la más modesta cantina de arrabal, en todas ellas se persigue el mismo objeto: apurar sendas copitas de los más variados aperitales,

bitters y licores de todas clases, sin los cuales, al decir de aficionados, los estómagos no podrían digerir ni un adarme de alimentos. Y ¡quién lo creyera! precisamente por el uso inmoderado de estos licores estimulantes, entre los que se destaca el democrático *Pisco*, (1) es por lo que los estómagos sobrexitados y curtidos se resisten á elaborar una buena digestión. Peligrosa costumbre que, sin sentir, va convirtiéndose en una necesidad orgánica de funestas consecuencias, por los catarros gástricos que desarrolla y el vicio de la embriaguez.

Y ¿qué diremos de esa otra costumbre que va creciendo gemela con las copitas, á saber, la del *Cachito*? Con pretexto de saber quién las paga, el uso público y diario de los dados, batidos en el consabido cubilete de talco ó zuela endurecida, va tornando la afición en verdadero hábito del juego.—“El cachito es hijo legítimo de la *pinta*”—dice el atildado escritor peruano D. Abelardo Gamarra.—“Es el juego más general hoy día y se le ha bautizado con el nombre de *cachito*, como se bautizan algunos con el nombre de gente decente sólo por el vestido”.—Costumbre al parecer inocente—agrego yo—pero que, con el ejemplo, va despertando en los jóvenes la propensión al juego. Bueno sería abolirla, ó siquiera encerrarla dentro de los límites de una estricta inspección, sobre todo en ciertos saloncitos donde no impera la decencia.

BAÑOS DE MAR.—Cuando el sol ha pasado la línea equinoccial, y va acercándose al trópico de capricornio, y empiezan á sentirse los ardores del estío en la ciudad de los Reyes, bien podéis, caro lector, acudir á las estaciones de los ferrocarriles que parten hacia el mar, y veréis á las beldades de Lima, con trajes pintorescos, precipitarse á los carros para ir á tomar baños de mar. Y no creáis que sea por motivos de salud; en la mayor parte de los casos es porque se ha hecho una costumbre estos paseos á orillas del Pacífico, á sumergirse en sus ondas.

Que las familias ricas de Lima salgan á sus espléndidos “Ranchos” de Chorrillos, el Barranco, la Magdalena, la Punta, etc., á respirar las frescas auras del océano; ó que las personas convalecientes, y por consejo de sus médicos, busquen los baños de mar, se explica perfectamente; pero que se haya hecho una necesidad facticia, hasta en las familias que no disponen de grandes recursos para atender á los gastos que demandan estos paseos matinales y

(1) Aguardiente de uva.

durante muchos días á orillas del mar, es lo que no puedo atribuir á otra causa que á esa emulación ingénita en el corazón humano, que tiende á hacer lo que otros hacen, sobre todo cuando en ello va algo que halague la propia vanidad. Y no son, por otra parte, del todo inofensivos los repetidos baños de mar para señoritas delicadas é impresionables y sin que se tomen, por el apuro de los trenes, todas las precauciones que la ciencia y la prudencia aconsejan en tales casos. ¡Cuántas dolencias tienen por causa los imprudentes baños de mar!

Puede que mis bellas lectoras sean de opinión contraria á la mía, pues hallarán muy agradable la costumbre; mas, sin que yo me oponga á su dictamen, en estas líneas sólo he querido buscar lo útil ó estrictamente necesario.

LA HORA NERVIOSA DE LIMA.—Ciudad comercial y activa, desde muy temprano comienza el movimiento diario de su comercio y sus industrias. No ha aclarado bien el día y ya os despierta la música de los panaderos, que consiste en los cascabeles y cencerros que adornan los pretales de sus cabalgaduras. Vienen en seguida los carros y carretas de comestibles que van á los mercados, y se establece el tráfico constante de ese pueblo que no descansa en todo el día. A cada paso oís los gritos de los vivanderos y fruteros, de los mercachifles y “şuerteros”, y á proporción que avanza el día va subiendo también esa marea social, especialmente en las calles centrales. ¿Queréis conocer la flor y nata de la sociedad limeña? pues instalaos desde las cuatro de la tarde en la esquina intersección de “Mercaderes” y “Las Matas”, ó entre “Espaderos” y “Plateros de San Pedro”, é ireis viendo desfilar matronas y señoritas, deslumbrantes de elegancia y de belleza, con sendos paquetes de artículos de lujo que han salido á comprar, aún sin tener de éllos mayor necesidad. De todas partes se precipitan hacia estas calles centrales corrientes de gente de todas las clases sociales; los coches, los tranvías y las carretas se interceptan muchas veces el paso en medio de un ruido asordador; en estos momentos, si tuvierais la robusta voz de un Garré, podríais cantar á todo pecho la más alegre cavatina, con la seguridad que no os oirían en la acera opuesta: es precisamente cuando el paroxismo ha llegado á su máximum junto con las sombras de la noche. A este movimiento vertiginoso, á esta crisis que ha establecido la costumbre á la hora del crepúsculo, es á lo que he dado el nombre de “Hora nerviosa de Lima”. Cuando ella pasa, entonces se abren otras escenas por la noche: las tertulias, los saraos, las representaciones teatrales, hacen que se deslicen las horas en medio de la dicha y el placer para los mimados de la

fortuna. Mientras tanto al pobre hijo del pueblo no le queda otro descanso á sus fatigas y pesares que su profundo sueño, para empezar de nuevo al día siguiente el duro batallar de su trabajo.

XXIII

CONCLUSION

He terminado la grata tarea que me impuse de dar noticia á mis lectores, acerca de la simpática Lima, simpatía nacida del carácter hospitalario y generoso de sus habitantes y de los mil atractivos con que la naturaleza como la civilización han enriquecido esta ciudad.

No pretendo, por otra parte, haber agotado la materia, pues circunstancias independientes de mi voluntad y otras que forman la constante zozobra de un emigrado que conspira por ver salir á su patria de una vergonzosa opresión, fueron la causa para que dejara de conocer y observar muchísimos edificios é instituciones que hacen alto honor á la culta capital del Perú. Mas no por eso dejaré de manifestar en esta oportunidad el vivísimo interés que me han inspirado sus desastres pasados, como sus actuales y varoniles esfuerzos por darse un gobierno que pueda ser prenda segura del risueño porvenir á que le llaman los valiosos elementos de progreso, que la guerra vino á esterilizar por algún tiempo.

Ciudad que ha sido la honrosa cuna de varones y publicistas ilustres que han figurado con ventaja en la historia de Sur-América; ciudad cuyos hijos asumen una actitud altiva y digna al ver amenazadas sus libertades públicas; ciudad cuya prensa unida hace respetar sus fueros á pesar de instituciones todavía no muy expansivas; ciudad que ha establecido *de hecho* una tolerancia protectora de todas las creencias y un respeto tranquilizador para todas las opiniones; ciudad, en fin, que, llena de hidalguía y de un noble desinterés, ha estado siempre pronta á defender el derecho americano y guarda con religioso respeto las venerandas cenizas de un Vigil, bien puede levantar la frente con orgullo aun á traves de sus desgracias, y confiar al patriotismo de sus hijos sus ulteriores destinos.

FIN.

CARTA DE NUEVA YORK

New-York, 9 de Mayo de 1898.

Señor Director de la "Revista de Quito".

Muy Señor mío:

El asunto absorbente de toda la atención é interés, es la guerra actual entre los Estados Unidos y España, cuyos motivos son bien sabidos del mundo desde que los expuso el Congreso de Washington en sus resoluciones del 19 de Abril próximo pasado. No es, pues, ahora el momento de examinar el proceso de la declaración de esta guerra, sino el referir sus combates. España fiel á su tradición de no ceder al espíritu de independencia de sus colonias en América, sino después de haber disparado el último cartucho, ha aceptado la guerra de la intervención americana más bien que reconocer la soberanía del pueblo cubano. La obstinación es una forma del heroísmo; el suicidio tiene también sus glorificadores como acto de bravura singular.

Con mala suerte ha comenzado esta guerra para España. Poco son sus recursos, en comparación de los estupendos de su poderoso contrario, pero esos pocos recursos no están en manos hábiles, aunque sí la disposición de corazones bravos.

El combate naval de Manila, á estas horas sabido del universo, ha sido un hecho extraordinario, único en la historia de la guerra de los mares. Once buques componían la escuadra española, y todos sin excepción, fueron destruidos, incendiados unos, otros volados, el resto hundidos. Seis buques eran los de la armada americana, y ni uno sólo fué dañado seriamente. Los españoles tuvieron 150 muertos y 250 heridos; los americanos apenas sacaron 6 heridos, y ninguno muerto.

Parece milagrosa esta victoria.

Veamos cuáles fueron los barcos empeñados en la acción: Por parte de España, estaban el "María Cristina", el "Castilla", el "Ulloa", el "Isla de Cuba", el "Juan de Austria", el "General Luzón", el "Marqués del Duero", el "Correo", el "Velazco", el "Mindanao" y el "Cano".

Por parte de los Estados Unidos: el "Olimpia", el "Baltimore", el "Raleigh", el "Patrel", el "Concord", el "Boston" y el "Mc. Collough".

En número, la escuadra española era mayor. En calidad la americana superior. Pero los españoles tenían en su apoyo las baterías de Cavite, y sobre todo, el almacigo de minas y torpedos que en el fondo de la bahía aguardaban su momento para lanzar á los aires á la escuadra enemiga.

Dos de estas mismas reventaron al pasar cerca de ellas el "Baltimore". De suerte que casi estaban equilibradas las dos fuerzas combatientes.

Pero con los españoles estaban tan sólo el valor y la confianza. Con los americanos estaban la ciencia y la previsión junto con la audacia. El Comodoro Dewy que aprendió con sus antiguos Jefes Farragautt á embestir por sobre torpedos y minas explosivas, embistió en esta vez por sobre esas traicioneras máquinas de destrucción y muerte; y mediante movimientos rapidísimos sorprendió y sobrecogió á su enemigo, en tanto que con la certera puntería de sus artilleros disponía á su sabor, como en un ejercicio de tiro al blanco, la aniquilación de las naves españolas y de las baterías de tierra.

El secreto de esta victoria lo encontrará todo el que penetre bien todo lo que encierra la nelsoniana disposición que el Comodoro Dewy dió á sus marinos *sangre fría y obedecer órdenes*.

Estas dos frases convirtieron al soldado en máquina automática; y las otras máquinas hicieron lo demás.

Cavite y su grande arsenal fueron desmontados, y Manila ha sido evacuada por las tropas españolas, según noticia de Madrid.

Espérase ahora un nuevo combate entre la escuadra española que salió de Cabo Verde y la americana que á buscarla fué á las aguas de Puerto Rico. En esta vez encontrarán barcos de buena calidad de ambas partes, y lo que haya será grandioso en la historia.

* * *

Mientras los americanos se baten en mar y tierra en guerra internacional, las americanas se ocupan en preparar los trofeos de sus campañas en el campo de los adelantos y de la cultura para presentarse con ellos en la próxima exposición de París. Ya se ha formado un Comité de Señoras para este objeto; ya se ha destinado una grande suma del tesoro nacional para hacerlo práctico; ya se recojen por todas partes muestras de todo lo que la mujer americana ha conquistado en ilustración, en derechos, en refinamiento y en personalidad propia y soberana. En este movimiento hay algo de amor propio femenino interesado.

La mujer de los Estados Unidos resentida de la crítica que se le ha hecho á su tendencia por rescatar derechos que el hombre

retenía para sí tan solamente, quiere demostrar con hechos de utilidad civil y moral, que el tipo ó ideal que busca completar en su sexo no es una monstruosidad ni un ridículo.

Quien vaya á la Exposición de París lo verá.

*
* *
*

Si es cierto que los nuevos inventos de la guerra tienden á hacerla más rara y menos dañosa, acaso tengamos que agradecer á la presente guerra, el haber puesto á pensar á los ingenios para enriquecer las actuales invenciones formidables de destrucción humana con otras todavía más estupendas.

Uno de los periódicos de New-York, movido sin duda de evangélico sentimiento, ha señalado un premio de consideración para el invento más mortífero y fiero. Innumerables y espantosos aparatos se han ofrecido á disputar el premio, y entre ellos figura el de un torpedo aereo, inventado por Mr. Hudson Maxin hermano del famoso Maxin que inventó el cañón que lleva su nombre. Es una familia privilegiada la de estos Maxin máximos.

El tal torpedo aereo podrá cargar nada menos que media tonelada de algodón pólvora á una distancia de nueve millas, y al estallar sobre la superficie del agua producirá una área destructiva de 47,000 pies cuadrados. Una escuadra entera de cruceros de primera clase podrá quedar aniquilada por semejante explosión.

Si en efecto, la guerra ha de suprimirse al fin con tan espantosos inventos, bien venidos sean. Lo malo será que la guerra constituya un lujo, permitido sólo á los ricos, en capacidad de pagar tan costosos elementos; mientras que al pobre no le quedaría más recurso que desear que cuanto más pronto lo vuelen mejor.

N. BOLET MONAGAS.



VERSOS

POR

ADOLFO B. SERRANO

ANOS DESPUÉS

PRELUDIO

¡Y otra vez de mi lira los cantares
son ecos de un sollozo,
lágrimas que del alma se desprenden
y mueren en los ojos!
Y otra vez el santuario de mis dichas
en ruinas y en escombros,
y apagado el fanal de mis ensueños:
qué solo estoy, qué solo!

Enfermo el corazón; la fe perdida;
hastiado ya de todo;
un mundo de recuerdos y tristezas
llevando só mis hombros;
sin rumbo, sin estrella que me gué
cruzando un mar ignoto;
sintiendo el frío de nostalgia horrible:
qué sólo estoy, qué sólo!

I

Pasó mi pena, cual ligera sombra,
de una mirada al resplandor divino,
y hoy sonriente el porvenir alfombra
otra vez de ilusiones mi camino;

y al inquieto fulgor de una esperanza
se disipan mis hondas ansiedades,
y surgen de repente en lontananza
nuevos ensueños, nuevas claridades.

II

Muy pronto se deshacen los colores
del iris triunfal,
porque forman su fondo los girones
de nubes que dejó la tempestad.

Talvez la llama del amor que hoy siento
muy pronto morirá
porque forman su fondo los recuerdos,
los dolientes recuerdos de otra edad.

III

Ah! dejadme esperanzas del presente
llorar en el silencio de las sombras
ocultas penas que atesora el alma,
mortales ansias que á mi sér devoran:

con vuestras alas no rocéis mi frente,
mostrándome venturas tentadoras,
si sabéis que jamas el alma mía
puede al olvido relegar su historia,

IV

Juzgué tu amor, sensible mariposa
que en su crisálida dormida está,
esperando que el beso de la aurora
la vaya á despertar.

Brilla la aurora de mi amor ¡levanta!
te dije tus mejillas al besar,
pero ay! tu amor era tan sólo larva
sin vida, y nada más.

V

Fué tan inmensa mi pasión, que cuando
á revelarte mis ensueños iba,
callé de miedo; vacilé pensando
que estabas muy arriba.

La noche que tu beso delirante
toda la esencia de tu amor me trajo,
abrí los ojos; comprendí al instante
que estabas muy abajo.

(Continuará).

RECUERDOS DE LA GUERRA CIVIL

POR

CARLOS ANDRADE.

VIII

Julio Daste regresó de Quito, y nos manifestó que el Directorio mixto, al imponerse de la conducta del Coronel Aguirre, había-se indignado resolviendo que Rafael A. García asumiese el mando del pequeño grupo de jóvenes y se mantuviese en expectativa hasta nueva orden.

—No cuenten para nada con el Coronel Aguirre, habíale dicho: es ambicioso y loco, y cuanto hiciera, vendría en perjuicio de la causa. En García tenemos más confianza y hasta que vaya un Jefe, á quien tratamos de comprometer, conviene que continúe al frente de los jóvenes.

El Dr. Alberto Aguirre se presentó inesperadamente á nombre del Coronel en el lugar donde nos hallábamos escondidos, é intentó llevarnos de nuevo á Tupigachi; mas nosotros, tanto por el tristísimo desengaño últimamente recibido cuanto por las terminantes órdenes de Quito, nos resistimos a sus insinuaciones, y lo dejamos partir solo.

Durante este tiempo, Francisco Portilla, quien, mucho antes que nosotros había salido de Quito, mandado por el Directorio, á ponerse de acuerdo con los patriotas de Tulcán, de regreso ya, hizo-nos un posta de Cayambe llamándonos con urgencia. Acudimos todos sin demora; y á pesar de nuestras precauciones, fuimos vistos por muchísimas personas, las cuales en el acto dieron parte á la primera autoridad.

Era ésta Moisés Zapata, quien desempeña actualmente el cargo de Jefe de Sección en el Ministerio de lo Interior. Parece que intentó jugarnos una mala pasada; pero la influencia de los Sres. Jarrines, casi todos partidarios de la Revolución, y unas cuantas copas de licor ofrecidas por Portilla y García, nos evitaron malos ratos.

Portilla nos manifestó que su viaje á Tulcán había sido infructuoso, puesto que los patriotas liberales se hallaban muy decaídos, y que cualquier acción por el Norte presentaba mil dificultades. Opinó, por último, que debíamos disolvernó y retirarnos á

nuestras casas, al referirle las aventuras sin éxito en que habíamos tomado parte. Hubo discusiones largas y acaloradas y el resultado fué que nos separamos. Apenas seis nos mantuvimos firmes y resueltos: R. A. García, Pacífico Gallegos, Alejandro Egas, Pedro Pérez Ch., Julio Daste y yo. Si nada podíamos hacer en Imbabura, nos dirigiríamos á la frontera del Norte ó tomaríamos camino de la Costa á unirnos con los patriotas de allá. Este último proyecto se desvaneció en seguida, porque llegamos á saber el desastroso combate de Daule y la heroica muerte de Gabriel Urbina y Gabriel Ávila, patriotas esclarecidos, los primeros en derramar su sangre por lavar la mancha de oprobio caída sobre el pabellón nacional. En los momentos más angustiosos suele suceder á veces que el vago resplandor de una esperanza impide el desaliento completo. Así pasó con nosotros. Abandonados por nuestros compañeros, sabedores de la derrota sufrida por los patriotas costeños, la esperanza que nos alumbró fué la de morir con gloria, tan luego como se presentara ocasión. Volvimos los seis á *La Quinta*, con ánimo de mantenernos en nuestros propósitos hasta que llegare el caso de ponernos en acción.

IX

Daste había llevado instrucciones secretas de los conservadores, porque intempestivamente preparó viaje á Ipiiales; y en el momento de partir díjonos que nos haría un posta para que fuéramos á incorporarnos con él si lograba alcanzar buen éxito en su comisión.

De Quito no teníamos la menor noticia; y en fastidiosa monotonía transcurría el tiempo. Por fin, un posta recibido de Ibarra, obligó á García á ponerse en marcha y fuí yo designado para acompañarlo. Hablamos con Rafael A. Rosales, quien nos informó acerca de un pronunciamiento que debía tener lugar pronto y para el cual podía ser útil nuestra cooperación.

—No somos más que cinco, díjole García; pero en el acto voy á mandar á Quito á uno de los jóvenes para que venga en compañía de los demás. No se han de resistir, porque ahora sí me parece el éxito seguro.

Poco tiempo permanecimos en Ibarra; y al regreso, me ordenó García partiera á Quito con la comisión ya expresada.

Hablé con los jóvenes; más no quisieron acceder á mis insinuaciones, porque estaban ya listos para salir al Centro y en mejores condiciones que nosotros. Instáronme á que me uniera á ellos y llamara á los demás. Don Miguel Valverde, alma de la conspiración, díjome: — Es necesario que regrese U. inmediatamente y con sus compañeros se dirija á Ibarra, donde, de un momento á otro, va á estallar un movimiento revolucionario. Como éste es

conservador, conviene que ustedes tomen parte en él, á fin de que todos sepan la unión de los dos bandos y los liberales del Norte cooperen sin recelo. Entre los jóvenes que van al Centro hay también conservadores.

Con inmensa repugnancia obedecí la orden, convencido de que ningún provecho resultaría al Partido Liberal de nuestra presencia en las filas conservadoras.

X

El 20 de Marzo, si la memoria no me engaña, tuvo lugar la sublevación del Batallón "Victoria" á los gritos de "Viva Ponce". Parece que los Jefes se vendieron á la Sociedad conservadora establecida en Quito. Las principales autoridades fueron aprehendidas; y sólo D. Floresmilo Zarama, mandado por el Gobierno como Jefe de Operaciones de las Provincias del Norte, logró escapar y corrió tanto que no paró sino en Tulcán. Nombróse Jefe Civil y Militar á un Dr. Victor Gómez Jurado, conservador de tuerca y tornillo y nada adecuado para el caso. Los sublevados apoderáronse de todo el armamento y parque existentes en el Cuartel; y después de entregarse á excesos de todo género, partieron en el mayor desorden con dirección al Norte, llevando á su frente al Jefe Civil y Militar. De Quito se aguardaba un Jefe de alta graduación para que asumiera el mando de los amotinados y los condujera á Tulcán con el objeto de batir el Regimiento de Caballería acantonado allí, y tornar, luego, en mejores condiciones, á sitiar la Capital.

Cuando llegué á *La Quinta*, no encontré ya á ninguno de mis amigos: García y Pérez, al recibir un posta de Ipiales, hecho por Daste, se pusieron en marcha advirtiendo á los otros dos que aguardaran nuevo aviso y no se movieron del lugar donde quedaban. En San Gabriel fueron tomados, quitáronles las sumas que llevaban, y sólo á fuerza de dinero lograron fugar; dirigiéndose á pie, por caminos intransitables, á la frontera colombiana. Mientras tanto tuvo lugar la sublevación en Ibarra, y Gallegos y Egas, llevados de su patriotismo y entusiasmo, no vacilaron en incorporarse, persuadidos de que, en interés de la Patria, menester era sacrificarse. Habían llevado consigo dos carabinas y un binóculo. Mi contrariedad fué grande al saber todo esto; y no tuve más preocupación que unirme cuanto antes á los dos últimos y compartir sus fatigas. Encaminéme directamente al cuartel de Ibarra, y á pocos pasos de él se acercó una persona á preguntarme dónde iba.—Al Cuartel, respondíle, á incorporarme á los revolucionarios.—Ya no están aquí, ayer se fueron: Los soldados que U. ve son del Gobierno.—Qué ha ocurrido?—Después de la subleva-

ción se embriagaron casi todos y partieron al Norte, desorganizados y sin hacer el menor caso de sus Jefes, quienes se vieron en la obligación de seguirlos. Los gobiernistas, libres ya de todo cuidado, se reacionaron y aguardan una fuerza que viene de Quito con el General Sarasti, para ir en su persecución. Váyase pronto, que pueden cojerlo.—Dí media vuelta, y con el temor causado por la rara situación en que me hallaba, tomé el camino del Norte, esperando oír de un momento á otro el grito de "alto" y ser aprehendido.

Más no sucedió nada, y en el Puntal alcancé á la fuerza amotinada.

XI

Con inmenso alborozo abracé á mis dos amigos; quienes, á su vez, alegráronse de mi llegada. Púseles al corriente de lo que ocurría en Quito, y no pudieron menos de sentir hallarse tan lejos de los demás compañeros. Contáronme la desorganización en que estaba la tropa y el riesgo de ser fusilado que corrió Gallegos al intentar contener ciertos desmanes de los soldados en el puente del Chota. Fuí presentado al Dr. Gómez Jurado y demás Jefes, quienes me acogieron con fría reserva. Entre estos últimos en contrábase Antonio Grijalva Patiño, hombre valientísimo, pero sumamente inculto y de cortos alcances, conservador hasta el extremo. Fué el único que tomó empeño por organizar algo la tropa, la cual se dividió en dos columnas una á sus órdenes y otra á las de Arsenio Navarrete, iniciador del movimiento en Ibarra. Según supe más tarde, desconfiaban de nosotros y trataron de rechazarnos; pero uno de ellos hizo notar que tres no eran de temer y que, por otro lado, se comprendía nuestro patriotismo al tomar parte de una manera tan aislada en la campaña que empezaba. Por preocupación, sin embargo, negáronnos toda participación y ni siquiera nos consideraron como soldados rasos.

El primer acto del Jefe Civil y Militar fué imponer contribuciones de dinero á algunos infelices moradores del Puntal y publicar por bando un decreto proclamando á don Camilo Ponce y ensalzando la odiosa administración de García Moreno. Con todo el fastidio del caso hubimos de oír en silencio los atronadores gritos de "viva Ponce" y soportar las impertinencias de la falange goda. Componíase ésta de doscientos hombres, armados de re-remington y carabinas, y bien municionados. Despachóse un posta á Ipiates comunicando el estado de los sublevados á un Dr. Noboa y solicitando su cooperación y la de otros emigrados. Por nuestra parte, dirigimos una carta á R. A. García para que con

Pedro Pérez se uniera á nosotros. El posta no llegó á su destino; mas esto no obstó para que nuestros amigos tomaran parte en el combate que se libró á poco.

XII.

El 24 de Mayo, cansados de esperar al Jefe que debía llegar de Quito, á dirigir las operaciones sobre Tulcán, marchamos del Puntal y acampamos en un punto llamado "Tabla Redonda", perteneciente á la hacienda del "Vínculo" y situado á poca distancia de Huaca. A las seis de la tarde, más ó menos, cuatro ginetes se presentaron en el campamento y entre ellos reconocí á Luis Ponce. Los demás eran el Coronel Pedro Pérez de la Villota, un Mejía de San Gabriel y otro individuo. El Coronel de la Villota nos manifestó que iba á tomar el mando de la fuerza, en virtud de haberlo así ordenado el Directorio de Quito. Conviene que nos apresuremos, agregó, porque se dice que Alfaro tiene bloqueado Guayaquil con dos buques de guerra; y si logra apoderarse de esa plaza, nuestra santa religión ha de verse en peligro, puesto que ha de pretender invadir el Interior y extender el dominio del partido liberal en toda la República —Al oír esto los tres, vímonos las caras y no dijimos una palabra. Preferible era callar á cometer una imprudencia que hubiera podido costarnos caro.

Refiriónos también que había salido de Quito, burlando escoltas apostadas en el Ejido, en unión de los Doctores Aparicio Ribadeneira y Clemente Ponce quienes, á causa del estropeo del camino, ó talvez por no exponer á los riesgos de un combate sus importantes personas, quedáronse en San Pedro, cerca de Otavalo, á esperar el resultado y proceder en consecuencia. Los caudillos conservadores de la época actual, en ninguna ocasión han dado muestras de valor personal; y esto ha contribuido indudablemente para que en todas sus tentativas hayan fracasado.

(Continuará).

LA SEMANA.

Sumario:—Una cita de Montalvo.—Pájaros, canónigos y revolucionarios.— A “La Nación”

El viernes, otra asistencia oficial. Y porque el Sr. Presidente de la República no pudo ir á la misa mayor á calentar los ladrillos de la Catedral, dizque andan disgustados muchos clérigos. ¡Ay, no siempre se puede, señores!

A propósito de asistencias oficiales, he aquí un párrafo de Montalvo que viene de perlas en este lugar.

“Independencia de los poderes—dice en “El Regenerador,—tolerancia, liberalismo ilustrado: llega el cumpleaños del presidente, del ministro, del archivero: hola, clérigos! á repicar las campanas, á cantar *Te Deum*, ó vean lo que se hacen. Cae el día de San Crispín, de Santa Rita; allá van notas del obispo, del vicario al Gobierno sobre que haya salvas, sobre que asistan los empleados, sobre que la Iglesia necesita una subvención para las fiestas. No hay cosas más entremetidas una con otra que la Iglesia y el Gobierno: le ocurre á esta necesidad de la cruz alta, el hisopo, las andas; ahí está esa para contestar que nada tiene que ver con ella el poder civil. Si no le piden la cruz alta, el hisopo, las andas, pone la Iglesia el grito en el cielo, llama impío al Gobierno, fulmina excomunión *latae sententiae*, cita el canon *si quis suadente diabolo*. El Gobierno por su parte no se mete en las ritualidades eclesiásticas, ni ha menester las campanas para maldita de Dios la cosa: hagan los frailes lo que quieran en su Iglesia, y lo que no quieran no hagan; pero tengan mucho cuidado con sus rentas, si no repican como unos Cuasimodos el día aniversario de la revolución que hicimos contra su partido. Es de ver la furia con que nuestros prelados vuelven por su independencia, al mismo tiempo que no quieren pasar un santo sin hacerle cargar las andas al Gobierno. Se muere un fraile; pague usted los derechos. Se huye una monja; mande usted una monja tras ella. Los pobres cañones son los que pagan el pato: toma el hábito un ocioso, los cañones; se ordena un monigote, los cañones; profesa una novicia, los cañones; vuelve el obispo de un paseo, los cañones; hace un milagro una beata, los cañones; no le hace daño al cura la morcilla que cenó con mucho miedo, los cañones. Dios le dé á mi amigo Veintemilla el corazón de no pedir ametralladoras á Francia (1),

(1) El amigo Alfaro sí las tiene. ¿Cuándo tendrán el gusto de ver los curas al Sr. General D. Eloy cargando el leño de la cruz, como García el Grande?

(N. de Benvenuto)

porque los clérigos, á fuer de independientes, no han de querer hacer nada sin ametralladoras, y nos han de estar ametrallando el alma de día y de noche. Por qué no siguen estos demonios el ejemplo del Gobierno liberal, que no les molesta en lo más mínimo ni se mete con ellos para nada? Entra á la capital una partida de milicianos de poncho, las campanas. Tenemos ministro nuevo, subsecretario de repuesto; las campanas. El teniente Alifanfarrón de Trapobana ha sido ascendido á brigadier; las campanas. Se casa la hija del cabo segundo Colmenares; las campanas. Llega una recua de pertrechos, las campanas. *De profundis*, aunque nadie se haya muerto; encuentro eclesiástico de orden del Gobierno, aun cuando no venga Nuestra Señora del Quinche; *Te Deum*, aun cuando no haya emperador que coronar. El uno con las campanas, la otra con los cañones, la Iglesia y el Estado cultivan las más fraternales relaciones y hacen perpetuamente la felicidad de la República. Entre tanto es de oír con la gracia que cada uno sostiene sus derechos, protestando su prescindencia en los asuntos de la parte contraria.”

Qué tal, señores liberales? Esto se escribía en 1877: de entonces para acá nada se ha adelantado en nuestro modo de ser; y aun da gusto verle al Sr. Gobernador de la Provincia, caminar, pendón en mano, en las santas procesiones, seguido de los suyos, cantando las letanías lauretanas Oh Montalvo!

*
* *

La gran novedad de los últimos diez días es que ha habido en Loja una de pájaros llovidos, que ni las codornices en el desierto que atravesaba el hambriento pueblo de Israel. De dónde han venido las tales, empujadas por vientos de tempestad? Se oscurece un día el firmamento, truena gordo, arrecian los primeros vendabales del verano, llueve: hágame usted el favor de servirse estos pajaritos asados que nos caen de las nubes; son sabrosos, exquisitos: ¿vienen ellos con trufas? están condimentados con azúcar candi, pasas, clavos de olor y otras porquerías así? Pues mejor: bocado delicioso de ruisseñores y aves del paraíso para regalo de las lindas hijas del Zamora. Si á los hermanos de Loja les ha sobrado algunos centenares de libras de ese maná del cielo, que nos las envíen por acá, aunque sea convertidas en *charqui*, por el primer correo, es decir por el primer viento del sur

Hay quien afirma que esos pájaros son de rabo corto y agusanado, pico de ave de presa, garras de acero, indeglutibles, indigeribles, y que vienen de Paita. . . . Protestamos en nombre de las nubes; estas buenas señoras no nos envían ni *cutu-chupas*, ni *curu-chupas* (1); y así no tienen razón de ser — probablemente, deci-

(1) Quichua: *cutu-chupas*, rabricortos; *curu-chupas*, rabo podrido ó agusanado. Nadie ignora que en el Ecuador, se les apoda *curuchupas* á los del partido conservador: se les ha llamado así hasta en documentos oficiales. . . . *curuchupas*: corrupción de *curachupas*—rabos de cura, de clérigo.

mos — ese rumor de que el ínclito Reynaldo, Ignacio el admirable, el heroico M. N. Arízaga y Nicolás A. González han invadido el Ecuador por la frontera del sur. Revolución á estas horas ¿para qué? Acaso el partido conservador no tiene la mayoría en el Congreso, ventaja de la cual ha de sacar provecho para mortificar al Gobierno? — Si el hecho es verdadero, es una locura. Salazar en 1882 expedicionó, cierto, por el Macará, con quince hombres, y se salió con la suya; pero en el Centro estaba Sarasti; en el Norte, Landázuri, en la Costa, Alfaro; y Guayaquil esperaba la hora. . . . ¿Quién les aguarda á esos fantoches? Nuestra opinión, caso de no resultar falsos los dichos rumores, es que se envíe al Coronel Terán y su batallón para batir á los invasores. Alguna vez ha de oler pólvora de cerca D. Emilio; esto es, pólvora de combate. Pero debe enviársele no solo; sino con alguien que le guarde la *manguardía de atrás*.

Y punto final á la revolución.

Los que sí están en revolución en la cuna del insigne Riofrío, son los canónigos.

Es una polvareda la que han levantado esos señores con motivo de las rentas eclesiásticas, al parecer despilfarradas por Vicarios y colectores. Papeles van, papeles vienen, se han trabado de las astas, y el demonio que los separe.

Estos señores canónigos han protestado contra la "Revista de Quito", en una hoja suelta bastante ramplona. ¡Paciencia! Acaso no tienen el derecho del pataleo? Lo curioso es que nos salgan con estas lilailas en defensa del obispo Massiá al propio tiempo que están diciendo perrerías contra la administración de aquella diócesis y las hechuras del fraile español. ¿Qué vamos á decir? Ellos mismos se están contestando.

*
* * *

A quién sí replicaremos es á "La Nación". Este diario nos ha puesto la proa de pura inquina, sin el menor motivo de nuestra parte. FRAY COLAS escribe un artículo ("Azotaina") ¿y hemos de pagar el pato nosotros? Por respeto á la ajena opinión únicamente, publicamos aquel escrito de nuestro colaborador, que contenía apreciaciones que no hubiéramos suscrito, por ejemplo, aquello de llamarle empalagoso narrador á D. Honorato Vázquez, buen filósofo al P. Proaño, etc.; y no hubiéramos suscrito, sobre todo, la carga demasiado fuerte contra los jóvenes del "Círculo de la instrucción libre"; á muchos de los cuales apreciamos. y del

Voluntad II

Julio de 1978

N.º 205

REVISTA DE QUITO

SEMANARIO DE CULTURA
LITERARIA, NOTICIAS Y COMENTARIOS

MANUEL LEÓN

CONTENIDO

- I - La mujer en la política - Evangelina
- II - La literatura - IV - Volcanes - Evangelina
- III - Poesía - V - Poesía - Evangelina
- IV - La Iglesia y el Estado - VI - La Iglesia

IMPRESA DE LA REVISTA

